

---

## *Road trip*

---

Que se lo había pedido mamá, me dijo, que subiera, me dijo, que me llevaría a casa.

Dentro del coche olía a vinagre. Él olía a vinagre. Mamá siempre se enfadaba con Samuel cuando llegaba a casa con ese olor a vinagre. Apestas a vinagre, le decía, y Samuel antes de tirarse en el sofá o en la cama o darse la vuelta para volver a la calle movía la mano como si intentara borrar a mamá en el aire.

¿Tienes hambre?, me preguntó. Yo me moría de hambre, pero me encogí de hombros y le dije que bueno, que no estaba segura. Samuel miró el reloj y luego miró por los retrovisores y luego miró otra vez el reloj y se quedó agarrado al volante con la mirada fija, fuera de este mundo. Vale, dijo, vale, repitió con más convicción, y todavía tardó unos segundos más en ponerse en movimiento.

De todos los novios que había tenido mamá desde que nos quedamos solas, Samuel era el peor de todos. O al menos era el que peor me caía. O al menos era el que peor se portaba conmigo. Pero todo eso yo no se lo decía nunca a mamá porque me habría dicho que no eran asuntos míos, que no sabía por lo que estaba pasando, que no sabía lo que era estar en su situación y luego, bueno...

De entre todos los novios, además, era el más feo. Yo no sé qué verás en él, le dijo un día la abuela a mamá. Feucho, le dijo, clasicote, le dijo, parece un colonizador inglés, solo le falta la taza de té y el monóculo. También le dijo otras cosas que no entendí, como que siempre estaba buscando causas perdidas y que ya iba siendo hora de pasar página. Samuel, además, era el único que algunas noches dormía en casa. Un día dejó el cepillo de dientes, otro día dejó un bolso con ropa, y cuando me quise dar cuenta ya olía su caca y su loción para el afeitado todas las mañanas al entrar en el baño.

Samuel movía mucho los dedos por todo el volante, se tocaba la cara y parecía que no encontraba la postura en el asiento. Miraba al vacío, como siguiendo una luz lejana. Otras veces miraba al techo que estaba lleno de manchas, no sé de qué, pero manchas. Otras, cerraba y apretaba los ojos durante unos segundos. Otras, miraba el paisaje como si fuera montado en un tren. Otras, se quedaba muy quieto, a punto de quedarse dormido y otras movía la mano y parecía que apartara del aire una mosca invisible.

Quise preguntarle que adónde íbamos, que por qué nos alejábamos tanto, que por qué no me llevaba a casa como había dicho. Pero no lo hice. Lo que sí le dije es que era viernes, y los viernes que mamá estaba de guardia en el hospital siempre me dejaba comer una hamburguesa con queso. Samuel parecía que no me escuchaba, o hacía como que no me escuchaba, y me acordé de que mamá siempre se enfadaba con Samuel porque decía que no escuchaba cuando se le hablaba.

Paramos en un bar de carretera. Un bar amarillo, o que alguna vez fue amarillo, con un letrero muy viejo con el dibujo de un cocinero gordo. Samuel echó para atrás la cabeza y cerró los ojos como si tuviera intención de dormirse allí mismo. Subió la mano y casi sin abrir los ojos miró de nuevo su reloj. Bien, Samu, dijo, vas bien, Samu, dijo, y suspiró y luego me dijo que estuviese callada, que comiera en silencio lo que me pusieran y que después nos marcharíamos. Ni una palabra, dijo todavía con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el asiento.

Al salir del coche un perro sucio y delgado se acercó. Era la primera vez que veía un perro tan flaco y me dio mucha pena. Caminaba como de puntillas, con el rabo escondido entre las patas traseras. Solo las costillas parecían impedir que se le desbaratara el cuerpo entero. Samuel lo espantó con un aplauso y soltó una patada al aire. Luego levantó la mirada hacia la carretera y dio una vuelta sobre sí mismo como buscando algo o a alguien, o como si algo o alguien lo estuviese buscando a él.

Todas las mesas estaban vacías así que nos sentamos en la primera que vimos. Enseguida llegó el camarero, un hombre vestido con camisa blanca y pantalón negro que parecía que llevara años sin cambiarse de ropa. Su camisa de botones estaba abierta y remangada a la altura de los codos. Sus brazos eran largos y delgados. Samuel pidió una cerveza y un *JB* doble con hielo. El camarero hizo como que anotaba, pero no escribió nada, como si aquella fuera la combinación que pedían todos los clientes que entraban en el bar. Luego me midió de abajo arriba: zapatos de charol, calcetines blancos, falda tableada, chaqueta de botones, blusa. Y la

niña, dijo. Mi hija tomará una hamburguesa con queso y una Coca-Cola grande, dijo Samuel, hoy es su cumpleaños, dijo Samuel, y me miró e incluso me sonrió. Era la primera vez que me miraba desde que había subido al coche, desde luego era la primera vez que me sonreía, pero yo creo que lo hizo para que no me enfadara por haber dicho que yo era su hija o que era mi cumpleaños, o tal vez para que el camarero creyera que yo era su hija, o tal vez para sentir que de verdad tenía una hija. El camarero hizo una mueca, una mueca con toda la cara, y un sonido raro con los labios que podía ser de aceptación o de condena o las dos cosas a la vez. Colocó frente a mí un plato con unos cubiertos encima y se acercó como si estuviera a punto de revelarme un secreto. Feliz cumpleaños, princesa, me dijo, y me guiñó un ojo. Voy a ver si tengo un trozo de tarta para ti, me dijo, pero luego se olvidó, o quizá no había tarta, o quizá cambió de idea, o quizá su jefe le dijo que no podía invitar a tarta a todas las niñas que entraban diciendo que era su cumpleaños porque entonces vendrían todas las niñas a decir que era su cumpleaños.

Mientras pensaba todas estas cosas, Samuel se bebió el vaso pequeño de un trago. Luego se puso a mirar por la ventana y empezó a quitarle las pegatinas a la botella de cristal. La hamburguesa estaba muy seca y quise pedirle al camarero un poco de ketchup, pero Samuel me había dicho que no dijera nada así que empecé a beberme la Coca-Cola mientras afuera el perro daba vueltas alrededor del coche con su hocico brillante pegado al suelo.

Samuel movía una pierna como si estuviera hinchando una colchoneta bajo la mesa y cuando pasó el camarero le pidió otro de los vasos pequeños chocando los hielos contra el cristal y haciendo una uve con los dedos. De nuevo me quedé mirando esos dedos largos y delgados como espaguetis y le dije que por favor me pidiera ketchup, pero lo dije tan bajito que no me escuchó, o hizo como que no me escuchaba, o tal vez me escuchó y no quiso pedírmelo.

Un hombre se acercó y preguntó: Tiene usted uno de esos. Samuel pegó un brinco en el asiento y tiró el botellín encima de la mesa. El hombre señaló con una mano la cajita que Samuel había dejado en la mesa y con la otra hizo como si fumara un cigarrillo invisible. No, dijo Samuel mientras secaba el líquido con un puñado de servilletas. El hombre se quedó de pie frente a nosotros sin comprender hasta que Samuel sacó todo su mal mirar. ¿Algo más?, preguntó molesto o asustado o molesto y asustado a la vez. El hombre sonrió, señaló el vaso pequeño con la punta de su cigarrillo imaginario y dijo:

Supongo que ahora conducirá la niña, ¿no?

Samuel agarró el botellín por la parte de arriba e hizo amago de ponerse de pie. Desde el otro lado de la barra el camarero le gritó al hombre que nos dejase tranquilos. El hombre caminó hacia atrás mostrando las palmas de sus manos y Samuel volvió a sentarse. ¿No comes más?, me preguntó. Yo quería decirle que es que estaba seca, que es que se me había quedado fría, que es que me costaba masticarla, pero había hecho el trato de no hablar así que levanté el pan para enseñarle el trozo de carne requemado. Deberías haber pedido ketchup, me dijo. Luego me dijo que fuera al baño, que teníamos que irnos, que había bebido mucha Coca-Cola y que no pensaba parar más.

El baño estaba sucio y oscuro. La luz apenas duraba encendida unos segundos. La ventana que daba a la calle estaba rota y entraba un calor seco y maloliente. No había papel, ni jabón, ni agua, ni asiento en el inodoro y pensé en mamá, en que nunca me habría dejado entrar allí, en que ella nunca habría entrado allí. No pude hacer pis por más que me concentré en agua y en cascadas y en grifos abiertos como decía mamá que tenía que hacer cuando me pasaran esas cosas. Lo que sí empecé a oír fue un ruido de rata, o como de algo que se arrastra, un ruido al que no tardé en poner cara. El camarero estaba asomado a la puerta y en cuanto lo saludé con la mano desapareció. Al momento vi a Samuel en la ventana que daba a la calle, me silbó como a un gato y me dijo que me subiera al inodoro. Luego metió medio cuerpo dentro del baño, me levantó y me sacó de allí. Nunca hubiera imaginado que Samuel fuera tan fuerte.

Cuando nos alejamos vi por el espejo retrovisor que el camarero había salido a la calle y movía las manos como si saludara a alguien que estaba muy lejos. El perro sucio y delgado le olía los pies y pensé que si no nos hubiéramos ido de esa manera tan apresurada le podría haber dado mi hamburguesa.

Como ya no estábamos en el bar supuse que estaba permitido hablar otra vez y le pregunté a Samuel si nos habíamos ido sin pagar. Samuel tardó en contestarme, tanto que cuando lo hizo ya me había olvidado de lo que le había preguntado. Ya volveré mañana a pagar, dijo como si hablara consigo mismo, y luego sonrió con una sonrisa que solo se le notaba en la boca, pero no en los ojos, ni en las cejas, ni en la frente. Ya volveré mañana, repitió. Y yo pensé que era mentira y que casi seguro que no pensaba volver.

Puse la radio y Samuel la apagó. Abrí la guantera y Samuel la cerró. Empecé a cantar y Samuel me dijo que me callara. Así que me puse a mirar por la ventanilla. Había una línea alargada de árboles. Del otro lado de los árboles había un río. Del otro lado del río se veían casas pequeñas.

Del otro lado de las casas, lejos, algunas montañas con la picuruta blanca. Me acomodé en el asiento y pensé que, aunque estaba ansiosa por llegar y descubrir adónde íbamos, al mismo tiempo no quería llegar nunca, no quería que el viaje terminara.

Recordé que no viajaba tan lejos desde que el verano pasado fuimos a la playa en el coche de papá. Era tan grande que podía estirarme por completo en la parte de atrás. Estuvimos una semana entera y volví con la piel tan oscura que parecía pintada y aunque me daba risa no podía dejar de mirarme al espejo. Hicimos castillos de arena, comimos pulpo y helado y otras muchas cosas que no recuerdo. Cada tarde papá y mamá caminaban de la mano por el paseo marítimo mientras yo asustaba a las gaviotas con mi patinete. Mamá no quiere que lo sepa, pero hay una caja con fotos de ese viaje detrás de la televisión. Muchas veces cuando estoy sola en casa saco la caja y me pongo a mirarlas. Las fotos siempre están ordenadas de una manera distinta y eso me pone muy triste sin saber por qué, o tal vez sí lo sé, pero no quiero pensarlo.

Avanzábamos y avanzábamos por una carretera muy recta y sin coches. Me hacía mucho pis porque no había podido hacerlo en aquel baño tan asqueroso. Empecé a sentir la espalda húmeda y la frente pegajosa. Le dije a Samuel que si podíamos parar, que no me encontraba bien, que estaba mareada, aunque era mentira o no era del todo verdad. No irás a vomitar, me dijo. Yo le dije que no, que no era eso, y entonces él dijo que ya me avisó de que no íbamos a parar más. A partir de entonces ya no pude pensar en otra cosa. Me latía el corazón en la sien, un flujo de calor me recorría todo el cuerpo. Intenté contar pájaros, intenté contar postes de la luz, intenté contar coches rojos. Apreté tanto las piernas que me hacía daño con mis propios huesos y solo cuando le dije que por favor, que ya no podía más, que necesitaba ur-gen-te-men-te hacer pis, Samuel pareció tomárselo en serio.

Pero ya era tarde.

Samuel se enfadó y soltó muchas palabrotas y me dijo que era una niña caprichosa y consentida, que ahora entendía muchas cosas, que él habría hecho lo mismo. Pero no me lo dijo a mí, lo dijo como al aire, como para quien quisiera escucharlo, pero allí solo estaba yo así que nadie más lo escuchó.

¿El qué?, le dije.

Y Samuel me contestó por primera vez: ¿El qué, qué?

Que qué habrías hecho tú también.

Lo que todos sabemos.

Así que yo también me enfadé, pero sin soltar palabrotas, y estuve a punto de decirle que yo también sabía muchas cosas. Que sabía que todas esas palabras raras que le decía a mamá: asesoramiento, empresas, proyectos; eran mentiras, mentiras muy gordas, significasen lo que significasen. Que sabía que no existían todas esas reuniones de las que hablaba. Que muchas mañanas al salir del cole lo veía paseando solo por el parque, o sentado en un banco hasta que llegaba la hora de comer. Que sabía que en ese mismo parque le decían el Teniente por ir siempre vestido de militar, o el Indio, por esa piel como de indio de la India, o el Sordo, por sus grandes orejas de soplillo. Y que también sabía que cuando llegaba a casa se inventaba conversaciones con políticos o banqueros o constructores. Pero en lugar de decirle todo eso, me di la vuelta hacia la ventanilla, crucé los brazos y le dije: Lo que tú digas, Sordo. Y aunque no lo vi, estoy segura de que la cara entera se le cayó de golpe.

Estuvimos como diez años en silencio, tanto que el paisaje se volvió amarillo, cada vez más llano y terroso. Samuel fumaba con la izquierda, cambiaba marchas con la derecha y sujetaba el volante con las rodillas. Al llegar a una gran carretera estrecha y mal asfaltada, aparcó en el arcén y salió del coche. Yo creía que iba a estirar las piernas como hacía papá cuando llevaba mucho rato conduciendo. Necesito estirar las piernas, decía y se llevaba las manos a los riñones y se doblaba hacia atrás como un gimnasta. Pero en lugar de eso, Samuel saco unas latas de cerveza del maletero y se sentó contra una rueda a fumar uno de esos cigarrillos suyos que olían a césped recién cortado o a estanque o a algo vivo y acuático. Yo aproveché para quitarme mis braguitas mojadas y secar la falda al sol. Luego me quedé de pie, callada, esperando a que él dijera o hiciese algo. Samuel metió la cara entre las rodillas y empezó a rascarse la cabeza y a tirarse del pelo con fuerza. Yo nunca había visto a un hombre tan grande llorar y me dio una cosa tan así todo por dentro que enseguida me contagié de sus lágrimas y de su desesperación y me puse a llorar también.

¿Por qué le dijiste al camarero que yo era tu hija?, le pregunté. Una vez más Samuel no me contestó, o hizo como que no me escuchaba, o hizo como si no existiera. Así que me enfadé y le dije que no quería nada suyo, que yo ya tenía un padre, que no necesitaba que nadie se hiciera pasar por él. Le dije que era el peor de todos los novios que mamá había tenido, el más feo y el más antipático, y le iba a decir muchas más cosas, pero en ese momento una moto con un policía apareció de la nada y se detuvo delante de nosotros. Samuel se puso de pie como si todos los

músculos del cuerpo se le hubieran tensado de golpe y le salió una mancha redonda y oscura en la espalda.

El policía bajó de la moto y se acercó muy, muy, muy despacio y nos preguntó desde lejos si sucedía algo. Nada, agente, dijo Samuel, nos hemos perdido buscando una gasolinera, dijo, solo estamos descansando un poco.

¿Perdido?, preguntó el policía caminando ya más deprisa hacia nosotros, es que estás carreteras son muy puñeteras, dijo, parecen todas iguales, dijo, y luego fue a decir algo más, pero en cuanto me vio dejó la frase a la mitad y puso una cara de susto o de sorpresa o de miedo o de algo que no era ni susto ni sorpresa ni miedo pero que parecía de las tres cosas juntas y para la que no sé si existe una palabra sola. Niña, ¿estás bien?, me preguntó. Yo no sabía qué pasaba, por qué el policía se movía tan despacio, por qué me miraba de ese modo, pero al momento me di cuenta de un montón de cosas, así todas de golpe. Me di cuenta de que estaba llorando por la pena de ver llorar a Samuel y porque después me había enfadado y le había dicho cosas muy feas. Me di cuenta de que la falda de mi uniforme estaba sobre el capó del coche. Me di cuenta de que tenía mis braguitas de la mano. Me di cuenta de que el policía las estaba mirando. Me di cuenta de que Samuel también las miraba y de que luego cerró los ojos hacia el cielo como pidiendo algo o aceptando algo, y por último me di cuenta de que todos nos quedamos muy callados y muy quietos durante un rato que creo que no fue muy largo pero que a mí se me hizo larguísimo.

Sin dejar de mirar a Samuel, el policía se acercó y se puso de rodillas para colocarse a mi altura. Me preguntó mi nombre y yo se lo dije. Me preguntó si me encontraba bien y le dije que sí. Me preguntó si necesitaba ayuda y le dije que no, que bueno, que, o sea, que no, que ya no. Me preguntó que quién era ese hombre y señaló a Samuel y yo le dije que era mi papá. Me preguntó que por qué lloraba y yo le dije que porque nos habíamos perdido, y él me preguntó que por qué tenía unas braguitas de la mano y yo le dije que era mi cumpleaños y que había bebido mucha Coca-cola y ya no tuve que decir más por qué el policía me sonrió con una sonrisa grande y blanca y perfecta y me dijo que felicidades, que cuántos cumplía y yo me lo inventé y él dijo que qué mayor, y también me dijo que me acercara y me susurró al oído que a él también le había pasado muchas veces a mi edad y que mirara ahora lo grande y fuerte que era, que son cosas que pasan, que no hay que avergonzarse y que ya está, y se puso de pie y me removió el pelo. Luego se llevó la mano a la visera del casco y le preguntó a Samuel si se encontraba bien porque la verdad es que estaba más blanco que la pintura del coche, y Samuel que sí, que sí,

que no era nada, que solo se sentía un poco mareado, y el policía le dijo que tenía una hija encantadora y Samuel que sí, que gracias, y el policía se subió a la moto y nos dijo que le siguiéramos, que nos llevaría hasta una gasolinera y Samuel se subió al coche y no dijo nada más.

Mamá siempre dice que yo podría ser actriz porque soy capaz de mentir con tal convicción que al final me terminó creyendo mis propias mentiras. Yo creo que eso es lo que me pasó mientras íbamos detrás de la moto del policía, que empecé a pensar en mis mentiras como si fueran verdad. Pensé que era mi cumpleaños y que Samuel era mi papá y que me llevaba de viaje todos los fines de semana que mamá tenía guardia en el hospital y que siempre teníamos aventuras con camareros y perros flaquitos y policías de sonrisa grande y blanca. Y de pronto ya no vi a Samuel tan feo, ni tan antipático. Y estuve a punto de apoyar mi cabeza en su hombro y de cerrar los ojos y decirle que qué día tan divertido y que ojalá fuese mi papá, pero solo los fines de semana porque yo tenía un papá de verdad que en algún momento iba a volver por mucho que mamá dijera que no porque se había ido a buscar su juventud. Y los hombres que se van a buscar su juventud nunca vuelven. O vuelven arrepentidos, pero no se les puede creer nada de lo que digan. Pero Samuel iba conduciendo tan concentrado y tan quieto y tan enfadado hacia dentro que no me atreví. Y entonces empecé a pensar en papá, o sea, en papá de verdad, no en Samuel. Pensé en dónde estaría, en si habría encontrado ya su juventud y en dónde se buscarían esas cosas o en dónde la habría perdido. Pensé en si su viaje sería tan emocionante como el nuestro y en por qué no me había llevado con él como había hecho Samuel. Y así estuve mucho rato, pensando y pensando, cosas que no eran verdad pero que tampoco eran del todo mentira, y pensando también que hay muy pocas cosas que sean del todo verdad o que no sean un poco mentira, hasta que Samuel pegó un frenazo y dijo muy bajito: Mierda. Y luego: Mierda, mierda, mierda, mierda. Y otra vez, y otra, muchas veces seguidas.

Frente a nosotros había una gasolinera y un bar o un bar con gasolinera. El policía se había quitado el casco y nos hacía señas para acercarnos a un surtidor. Samuel condujo hasta allí y bajó la ventanilla. El policía nos dijo que tuviéramos un buen día y me envió con la mano un beso. Luego entró en la cafetería y se sentó en la barra. Samuel no dejaba de mirarlo como hacen los superhéroes cuando quieren quemar algo con los ojos. Agarraba el volante con tanta fuerza que se le pusieron las manos muy rojas. Tenía el pelo como mojado y le caía una gotita



desde la cabeza hasta la mejilla. Mierda, dijo otra vez, y empezó a rebuscar en la guantera y debajo de los asientos y en una cajita llena de llaves y en los bolsillos del pantalón.

Entonces me acordé de algo, me acordé de que mamá cuando estaba de guardia siempre me daba dinero para comprarme la comida y la cena en un sitio de comida preparada que había cerca de casa y yo aprovechaba para comprar una hamburguesa con queso, aunque luego le decía que había comido otra cosa. Y cogí la mochila y de la mochila saqué mi estuche y del estuche saqué una bolsita pequeña con cremallera y de la bolsita pequeña con cremallera saqué un billete arrugado y se lo puse a Samuel delante de las narices. Samuel me miró como si no entendiera nada, y luego me miró como si lo entendiera todo, y yo pensaba que se iba a poner muy contento y me iba a dar un beso como el del policía o algo así, pero lo único que hizo fue quitarme el billete y decirme: Será mejor que vayas al baño, puede que tardemos en volver a parar. Así que mientras Samuel echaba gasolina fui al baño y tengo que decir que casi me pasa otra vez lo de no poder hacer pis, pero no por el asco que me daba el baño sino porque el policía me sonrió otra vez con aquellos dientes tan blancos y tan bonitos, y porque me dijo que pasara un feliz cumpleaños y, bueno, también por lo contenta que estaba de poder seguir el viaje con Samuel.

A qué sabe, le pregunté cuando encendió otro de sus cigarrillos especiales. Así los llamaba él en casa, especiales. Samuel me miró de medio lado, como si lo hiciera solo con un ojo, o como si no quisiera que yo le viera mirarme. Le dio una calada y me lo acercó. Yo me lo puse en la boca como hacía él y aspiré un poquito. Entonces descubrí que es mentira eso que sale en todas las películas cuando un niño fuma por primera vez y empieza a toser y dice qué asco y pone cara de haberse comido un sapo. No puedo decir a qué sabía, a algo nuevo que no supe comparar con nada, al color verde, por ejemplo, a masticar orégano. Quise repetir y Samuel me lo quitó con un eh-eh-ya-ya. Luego me entró la risa y sentí que flotaba, o que volaba, o tal vez volaba de verdad, y Samuel al verme se empezó también a reír, pero esta vez de verdad, que se le caían las lágrimas y todo y se llevaba una mano a la barriga, y hasta me dejó poner música en la radio e incluso sacar la cabeza por la ventanilla y cantar e incluso me contó un par de chistes que no recuerdo pero que fueron los mejores chistes que me habían contado en toda mi vida.

No sé cuándo ni cuánto ni cómo, pero me quedé dormida. Cuando desperté estábamos en el aparcamiento de un centro comercial. Estaba mareada y me costaba abrir los ojos. Samuel me dio una botella de agua y un donut de chocolate. Sobró dinero de la gasolina, me dijo. Salió del

coche y yo fui tras él. Caminamos hasta una gran tienda llena de maniquíes vestidos con ropa terriblemente fea y fuimos hasta la sección de ropa interior de niña. Samuel estuvo un rato mirando precios y contando las monedas que tenía en el bolsillo y mirando al techo y mirando de reojo al señor de uniforme que se paseaba entre los pasillos y mirando y mirando. Todo son paquetes grandes, dijo con una bolsa de diez braguitas en la mano, y luego le dio vueltas como si buscara algo, y luego se subió la chaqueta como para guardárselo en el pantalón y yo le dije que no lo hiciera, que no era necesario. Samuel me miró sin entender. Entonces saqué una braguita de la bolsa y la envolví en una sudadera roja y esperé a que se acercara una dependienta y le dije que me gustaba mucho esa sudadera roja y que hoy era mi cumpleaños y que quería probármela. La dependienta me sonrió y me acompañó hasta los probadores y creo que fue entonces cuando Samuel por fin entendió o hizo que entendía.

El sol se puso tan bajo que casi no podíamos ver la carretera y empecé a pensar que no nos iba a dar tiempo a volver a casa antes de que se hiciera de noche. A lo mejor tendríamos que dormir en el coche, pensé, o en un hotel de carretera como en las películas, o acampar en el bosque con una gran fogata. Y estaba pensando todas estas cosas cuando Samuel giró a la derecha y vi que habíamos llegado al mar. Samuel aparcó y los dos nos quedamos mirando el inmenso mar de color gris que teníamos delante. Entonces me acordé de que siempre que íbamos al mar mamá y yo hacíamos la misma broma: Papá arrancaba el coche y nosotras nos mirábamos y decíamos a la vez «ya huele a mar». Se lo conté a Samuel, que mamá y yo teníamos esa broma, o que yo siempre hacía esa broma cuando íbamos a la playa, y entonces me sonrió por primera vez, o sea, me sonrió por primera vez con toda la cara, y dijo: Bien, pues vamos, hace muchos años que no huelo el mar. Así que abrimos por completo las ventanillas y sacamos la cabeza y respiré todo lo fuerte que pude y enseguida sentí como si lo único que tuviera dentro de mi cuerpo fuera el aire del mar.

De pronto me di cuenta de que Samuel me miraba sin pestañear, como si se hubiera quedado congelado allí de golpe o como si estuviera ciego. ¿Puedo bañarme?, le pregunté. Y otra vez, ¿puedo bañarme?, porque estaba petrificado. ¿Samuel? Al oír su nombre, Samuel volvió a la vida, miró el reloj, hizo un gesto con la cabeza y yo salí corriendo hacia el cielo y las nubes y la arena y el agua, hacia el viento mismo. Poco después vi que Samuel salía también del coche y vi que caminaba despacio hacia mí y se quitaba la camisa y los zapatos y los pantalones y se

metía en el mar y a mí me gustó mucho que Samuel y yo fuéramos las únicas personas de toda la playa mientras el sol se hinchaba y se ponía naranja allá al fondo.

Cuando regresábamos al coche, puse la calefacción a tope. Samuel se quedó fuera, fumando sobre el capó. Se le había rizado el pelo y casi no se le veían las orejas de soplillo. Estaba guapo y saqué la cabeza para decirle que le quedaba mucho mejor el pelo así, mucho mejor que todo echado para atrás como con pegamento. Samuel no me escuchó, o tal vez no quiso escucharme, o tal vez hizo como que no me escuchaba. Luego se incorporó, encendió un cigarrillo y se alejó rodeado por una nube de humo.

La luna iluminaba ya el mar con tantas chispas como estrellas había en el cielo. Era bonito y me hubiera gustado quedarme allí mucho más tiempo. Samuel dijo que teníamos que irnos, que se había hecho tarde, que todavía nos quedaba mucho camino por delante, y luego me preguntó si tenía hambre. Yo sabía o creía o intuía que no teníamos dinero, y que si teníamos algo de dinero tenía que ser para echar más gasolina porque mamá siempre dice que estos coches viejos gastan mucho, así que le dije que no, porque yo no quería que el viaje terminara nunca, aunque la verdad es que me moría de hambre. Bien, dijo Samuel. Bien, repitió, y arrancó el coche.

Ninguno de los dos volvió a hablar más. Yo quise mantenerme despierta porque era lo que siempre hacía mamá cuando papá conducía de noche, quedarse despierta, darle conversación para que papá no se durmiera, o quizá solo compartir con él aquellas horas de oscuridad en el coche, pero poco a poco me fui encogiendo en el asiento, amodorrada por el cansancio y la calefacción, y cuando me desperté tenía la chaqueta de Samuel echada por encima y ya era completamente de día.

Hasta que no paró el coche no me di cuenta de dónde estábamos. Samuel tenía una cara tan triste, o tan asustada o tan inexpresiva que pensé que iba a decirme algo muy importante pero luego no dijo nada. Yo tampoco le dije todas las cosas que me hubiera gustado decirle. Que había sido el cumpleaños más divertido de mi vida. Que sentía mucho las cosas feas que le había dicho. Que en realidad me parecía muy guapo. Que había pensado que siempre que mamá estuviera de guardia podríamos gastarnos el dinero de la comida en gasolina e irnos a la playa o a buscar su juventud si la perdía algún día.

Así que cogí la mochila y salí del coche en silencio. Enseguida me di cuenta que Samuel no venía conmigo, que seguía sentado en el coche con la mirada fija en el infinito. Le pregunté si tenía hambre, si no pensaba entrar a desayunar, pero Samuel no me contestó, o tal vez no me escuchó, o tal vez todavía no había decidido si entrar en casa o no.